

DE CAACUPE

Caacupé, 26 de marzo de 1972

Presbiterio y pueblo cristiano
Diócesis de San Juan Bautista de las Misiones
San Juan

Queridos hermanos:

1. Con profunda pena hemos recibido la noticia de que nuestro hermano sacerdote Vicente Barreto, paraguayo de nacimiento, que trabajaba en la parroquia de San Ignacio, después de haber sido arrestado, injuriado y amenazado en la ciudad de Encarnación por las mismas autoridades nacionales responsables del orden público y de la defensa de los derechos humanos, fue expulsado de su país el día 23 de febrero pasado, como si fuera un ciudadano indeseable.

Creemos que un abnegado sacerdote, como el P. Vicente Barreto, que trabajaba en esos rincones de la Patria en medio de privaciones y estrecheces entre gente marginada, proporcionándoles un poco de esperanza cristiana y luz evangélica, no pone en peligro en ningún sentido la fortaleza, la potencia, ni la posición de los personeros del régimen actual.

Los funcionarios que lo han torturado psicológicamente desconocen con lamentable descuido la dignidad y los

derechos de la persona humana. Y agravian provocativamente los sentimientos religiosos del pueblo paraguayo.

Este hecho es un caso más que evidencia la persecución sistemática que se está desatando contra la Iglesia paraguaya en las personas de sus obispos, sacerdotes y fieles comprometidos. No se trata de un hecho aislado, sino de todo un programa de acción en contra de la Iglesia de Cristo.

2. En efecto, ayer no más, un sacerdote jesuita, el P. Francisco de Paula Oliva, después de ser arrestado e insultado por funcionarios de la policía de la Capital, fue expulsado del país sin ninguna explicación, despreciando abiertamente la autoridad y derechos de nuestros obispos.

No pasó mucho tiempo, y para vergüenza de la fe cristiana de nuestro pueblo, el sacerdote uruguayo Uberfil Monzón fue secuestrado de las calles de Asunción por los agentes de la policía de la Capital, encarcelado, torturado cruel e inhumanamente en las celdas de la policía Central, y destrozado física y síquicamente, fue expulsado del país. El P. Monzón hace aproximadamente un año que pasó su cuaresma de sufrimientos, torturas y agonía.

3. No podemos olvidar tampoco la agresión violenta y sin precedentes en nuestro país que el día 8 de marzo de 1971 sufrió el obispo auxiliar de Montevideo, Mons. Andrés Rubio, en presencia de cuatro obispos y diversos sacerdotes y laicos de la Iglesia paraguaya.

Los insultos y calumnias dirigidos públicamente contra nuestros obispos y sacerdotes en forma sistemática es una constante maniobra del oficialismo para desprestigiar a la Iglesia Paraguaya.

Aún más; no solamente se calumnia y entorpece la acción de obispos, sacerdotes y religiosas. Cualquier seglar que predique el Evangelio según las orientaciones actuales de la Iglesia y quiera ser consecuente con su fe es perseguido y presionado por todos los medios imaginables para que deje su compromiso cristiano. En efecto, conocemos de las muchas amenazas, insultos y hasta

apresamientos que sufren los cristianos misioneros y muchos otros fieles del país por el solo delito de querer ser fieles al mensaje de Cristo y su Iglesia. En síntesis: lo que se busca es perseguir a la Iglesia en lo que tiene de más sagrado: su derecho a predicar y vivir el Evangelio.

4. Por todo esto no nos extraña el arresto y la expulsión del P. Barreto. El no será el último de las muchas víctimas a ser inmoladas por la causa de Cristo. Muchos son los obispos, sacerdotes, religiosas y laicos cuyos nombres ya estarán seguramente marcados con una cruz roja, destinados a sufrir cárceles y torturas y a desaparecer de nuestra tierra paraguaya. Si continúa este atropello a los derechos de la Iglesia, serán perseguidos y arrojados del país los apóstoles de nuestra fe cristiana, con la consiguiente pérdida que ellos supone para nuestra Patria y nuestro porvenir.

Queridos hermanos en el sacerdocio y en la fe cristiana: Con alegría les decimos que nos sentimos unidos a ustedes en la misma lucha y en las mismas esperanzas. Permanezcamos fieles a nuestra misión de apóstoles, valientes y generosos para sufrir cualquier persecución por amor a Cristo y a los hermanos. Cristo resucitado, plenitud de vida y gloria, prenda de nuestro triunfo, estará siempre con nosotros.

5. No olvidemos la profecía, siempre actual, de nuestro Maestro: "Si a Mí me han perseguido, también les perseguirán a ustedes" (Jn. 15,20). "Les digo estas cosas para que no se desilusionen. Les van a expulsar de las sinagogas y hasta llegará el momento en que cualquiera que les mate creará que así presta un servicio a Dios. Esto lo harán porque nunca han conocido ni al Padre ni a Mí" (Jn. 16, 1-3).

Con esta persecución actual la tierra de Misiones, de feliz historia cristiana, se está santificando más y más y sabemos que va dando nuevos pasos en la construcción de Comunidades Cristianas de verdaderos hermanos.

Les felicitamos, hermanos, porque estas y otras persecuciones que se aproximen, fruto feliz de un compromiso con Cristo crucificado, no son sino el anuncio de Cristo resucitado.

Queremos hacer llegar nuestra sincera y firme adhesión por medio de nuestros delegados a Mons. Bogarín, sucesor de los apóstoles, a nuestro hermano Vicente Barreto y a todos los sacerdotes y fieles cristianos de esa querida y gloriosa diócesis misionera.

Que la gracia, la paz y el amor de Cristo les siga animando siempre en todas sus acciones.

Obispo y sacerdotes de la diócesis de Caacupé